



SEMANARIO INFANTIL ILUSTRADO

Año IV

14 de febrero de 1891

Núm. 172



PAJECITOS DEL TIEMPO DE CARLOS I DE INGLATERRA
Ayuntamiento de Madrid

UN RATO DE CHARLA

SE han verificado las elecciones, como ya sabréis, y no creo separarme de la indole de mis *Charlas* haciendo algún comentario sobre este acontecimiento, ya que, según han dicho y repetido todos los periódicos, se desprenden del mismo *muchas enseñanzas*.

En efecto: se desprenden muchas enseñanzas. No sé yo á cuáles se refieren los periódicos, porque no suelo leer más que el primer párrafo de los artículos de fondo (cuando los leo); pero para mi uso particular he visto que lo que se desprende es lo siguiente:

1.º La inveterada división molecular de las opiniones y sentimientos de nosotros los españoles, fenómeno histórico de imposible remedio. ¡Qué de candidatos de diferentes partidos! ¡Qué de diferentes candidatos de un partido mismo!

2.º La tradicional presión de arriba abajo, considerada poco menos que lícita por agentes y pacientes. Nada de lo que se ve en Inglaterra, Francia, los Estados Unidos, etc.

3.º El predominio de los abogados. Yo no quiero mal á los abogados, pues afortunadamente nunca he tenido que acudir á ellos, pero no les tengo por la gente más á propósito para hacer política. En primer lugar tienen el defecto de hablar por los codos (salvo contadas y respetabilísimas excepciones); su espíritu es anticientífico, rutinario, formalista, improgresivo (su espíritu, no su buen deseo); no tienen, ni hay para qué, la facultad creatriz, y son incapaces de aplicar á la *res publica* otra cosa que sus ideas *à priori*. Por un Gambetta, amigo de Paul Bert, hay cien Montero Ríos, impenetrables á otra cosa que al expedienteo y la *legiferación*. De ahí que las leyes que hacen sean por lo general tan malas.

Los nombres más gloriosos de la España contemporánea no son de abogados: no lo eran Muñoz Torrero, ni Mendizábal, ni Calvo Asensio, ni Méndez Núñez, ni el malogrado general Ibáñez. Rivero lo era, pero era también, y sobre todo, médico. Ni han sido abogados los grandes ministros, como Cisneros, Richelieu, Mazarino, Cavour, Bismarck y relativamente O'Donnell. En cambio, abogados fueron Mirabeau, Robespierre, Saint Just y otros farautes de la Revolución francesa, de ese edificio todo fachada, sin nada detrás del frontis.

4.º El desdén con que han sido tratados los periodistas; mal de todos los partidos que llegan al poder, siendo así que donde menos nulidades hay es en el periodismo. Se ve que los santones conceden más importancia á cualquier conde que á un escritor que entiende en materias de política ó de hacienda.

5.º La abstención de la grandísima mayoría del *cuero electoral*. No quiero sacar más enseñanzas, porque no me he entretenido

sino muy ligeramente en eso; pero las cinco que he sacado me parecen suficientemente características. No vi en las listas de los diputados triunfantes el de ningún señalado hombre de ciencia, ni siquiera el de Peral: las letras tienen por única, bien que insigne representación, al Sr. Llorente, abundando en cambio los *economistas* (¡calamitosa gente!), los politicastos, una porción de distinguidos aristócratas (de esos creo que han salido 72) y toda una lechigada de parientes de los que tienen la sartén por el mango.

Unas cortes así, *políticas*, no pueden hacer nada bueno. Hay que cambiar de sistema: hay que desterrar eso del *parlamentarismo*, plaga de España, y reemplazarlo con el sistema representativo, con el antiguo, que era el bueno: votar *por grados*, restableciendo los gremios; y, en vez de enviar al Congreso gente dividida en *adictos y de oposición*, elegir á representantes del *país*, de ese pobre país que parece olvidado de su existencia, ya que tan poco se acuerda de sus intereses para pensar en los intereses de los partidos.

¿Por qué no se habrían de enviar curas á las Cortes? ¿Por qué no se habrían de enviar tejedores, maestros de escuela, médicos de partido, agricultores inteligentes, tenderos, escritores, contra-maestros, fabricantes modestos, tenedores de libros, almacenistas? Y si la dificultad está en que no tienen dinero, con abonarles dietas estaba arreglado el asunto. Puede que así nos veríamos libres de picos de oro empalagosos, de covachuelistas indoctos, de politicastos profesionales, de yernos de personajes y de condes y marqueses muy conocidos en la buena sociedad, pero perfectamente desconocidos para el resto de los mortales.

Siempre vuestro,

ANTOÑITO

Brillantes han sido los resultados que en los exámenes de reválida verificados recientemente en la Escuela Normal de maestras de esta capital ha obtenido el acreditado **Colegio Franco-Hispano**, con tanto acierto dirigido por la Sra. D.^a Carmen de Uyá de Curdumí. Cinco alumnas presentadas por dicho colegio, las Srtas. D.^a Rosa Figueroa y Figueroa, D.^a Josefa Pallí, D.^a Carmen Vacani, D.^a Elvira Puig y D.^a Rosa Altayó, han obtenido el título de profesora elemental, después de lucidísimos ejercicios, alcanzando las tres primeras señoritas citadas la nota de sobresaliente.

La justa fama de que el **Colegio Franco-Hispano** goza en esta capital, ha quedado corroborada una vez más, por lo cual enviamos desde las páginas de este periódico la más cordial enhorabuena á la ilustrada directora de aquel establecimiento, de cuyos desvelos en favor de sus educandas son garantía unos resultados tan lisonjeros como los que acabamos de manifestar.

A. O.

LA LECTURA

El estudio y la lectura son dos medios de ilustración por los cuales se llega á la ciencia.

Leer no es estudiar, aun cuando uno y otro acto pongan en ejercicio la imaginación.

Si no saber leer constituye hoy una gran vergüenza, saber leer y no leer es un abandono de los intereses morales, un olvido de las necesidades del alma, una culpa vergonzosa también.

La lectura no es una gimnasia del espíritu, como el estudio, que diariamente lo desarrolla y lo fortalece merced á ejercicios cada vez más amplios y eficaces, ejercicios de alta elaboración, elaboración de ideas, de juicios, de ratiocinios. Es mucho menos, sin duda; pero siempre es algo en ese mismo concepto, y mucho más en la higiene del alma, porque la lectura es ir en pos de un alto pensamiento. En su laboriosa y espléndida creación, sin esfuerzo propio ni cosa de fatiga, enseña lo que se ignora, recuerda lo que se olvida, ilumina los senos de la inteligencia, encauza la voluntad, limpia, sana, recrea el espíritu, y redime la conciencia, que es alma de nuestro ser.

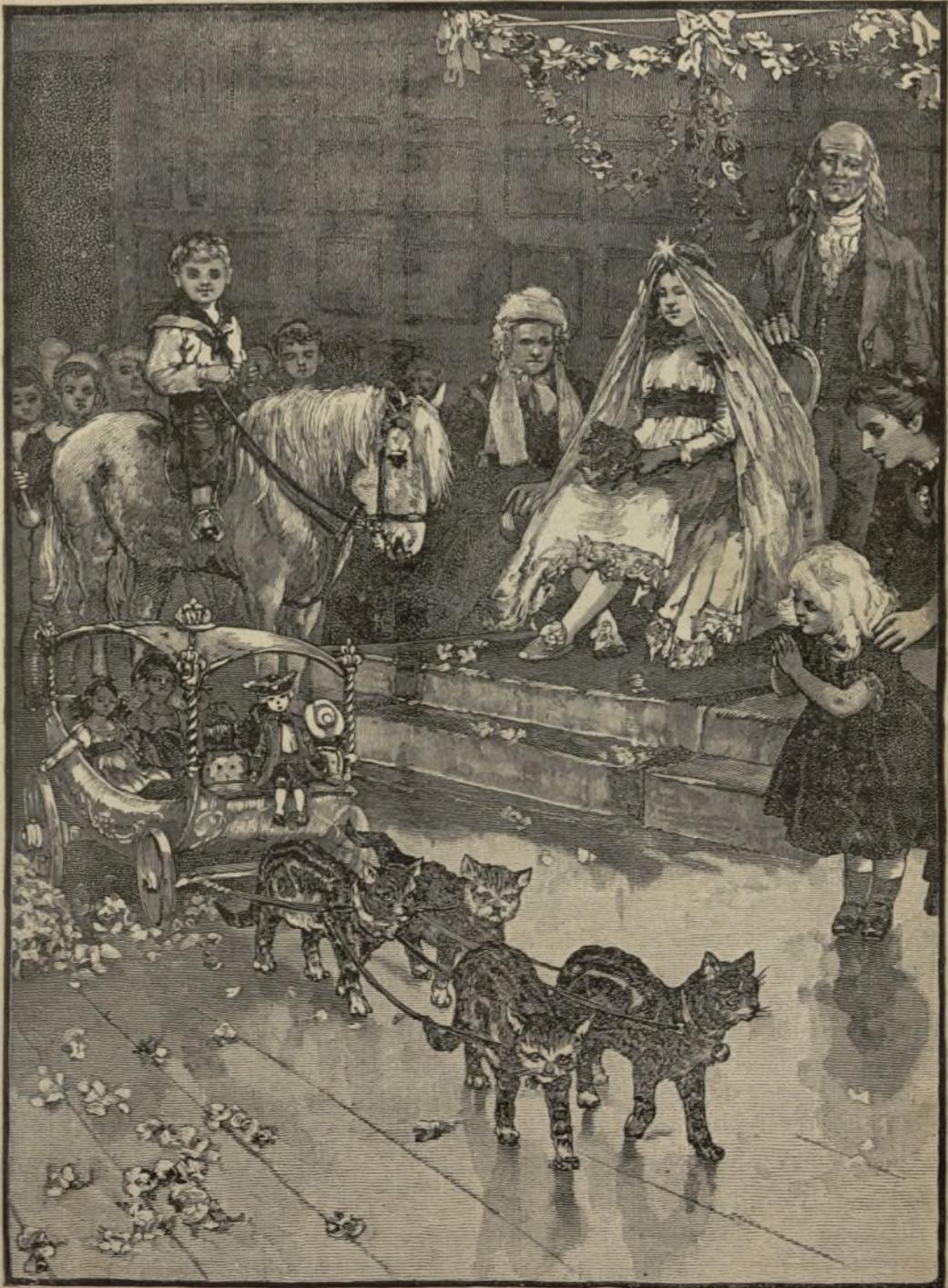
Mas para obtener, por ese medio, tan preciado y valioso caudal, menester es que la lectura sea adecuada y conducente al fin, pues sería de resultados totalmente negativos á los apuntados buscar expansión en lecturas basadas en argumentos bastardos.

Moralidad: hé aquí lo que hay que buscar ante todo y sobre todo en los libros destinados á ser leídos por la juventud. La moralidad se impone como circunstancia de primera fuerza, pues sin moral no hay concepto religioso, como no hay religión sin Dios, ni Dios sin fe. Si amáis el bien, sabréis toda la moral.

Entre la lluvia de hojas que sacude diariamente de su cáliz la preciosa flor del inmortal Gutenberg, hay una que condensa lo más arduo de la ciencia, lo más precioso del arte, lo más útil y dulce de la cultura moderna. Esta hoja de imprenta es todo un sistema de alta educación intelectual, ya que pone al lector al corriente de todos los adelantos en ciencias, en artes, en letras, etc.

Esta mágica hoja es todo periódico ilustrado, colmena á que traen su miel las más brillantes abejas después de haber libado el jugo del romero de la ciencia y del tomillo del arte. ¡Qué labor de inteligencia no supone una ilustración, y sobre todo una ilustración dedicada á la infancia y por consiguiente destinada á formar el gusto, la inteligencia y el buen sentido de la niñez!

Nada tan desventajoso para nuestro país como establecer un paralelo entre él y otros países con respecto á la afición á la lectura. Asombra verdaderamente el número de lectores que devoran, digámoslo así, las publicaciones extranjeras, especialmente las ilustradas. Francia, Inglaterra, Alemania,



La reina de los gatos
Ayuntamiento de Madrid

los Estados Unidos y la misma Rusia no tienen papel bastante para el consumo de sus prensas, que inundan hasta las aldeas con sus impresos. En cuanto á ilustraciones dedicadas á la infancia, la que menos de dichas naciones publica de quince á veinte, con extraordinario favor.



Traje Luis XIII

En este concierto intelectual España ocupa un puesto algo más que secundario, sobre todo en lo tocante á lecturas destinadas á la infancia, en cuya especialidad apenas si se llama Pedro. Bien que, á decir verdad, ¿qué cosa seria se toma en serio en nuestro país? Copiar, imitar ó, por mejor decir, parodiar todo lo malo, y, sobre todo, todo lo cursi (los bailes de chicos por ejemplo): hé aquí la afición, el espíritu dominante de nuestra generación actual.

Un consejo para concluir, volviendo á la eficacia de la lectura. El difunto obispo de Orleans, Monseñor Dupanloup, aconseja-

ba que para leer con el debido aprovechamiento no hay como leer con la pluma en la mano, esto es, tomando apuntes de cuanto notable ofrezca la lectura. Es, en efecto, un gran sistema el que indica el ilustre sacerdote, ya que, leyendo con la pluma en la mano, se retiene más en la memoria, apuntándose además con una fórmula propia, subjetiva y personal, compendiándose asimismo el caudal de la inteligencia en un prontuario que puede leerse sin fatiga, refrescando las ideas y reteniendo nociones que de otra suerte sería fácil dar al olvido.

T. DE LA ROSA



LA ESTATUA DE NIEVE

ERA un año aquél horriblemente frío: muchos, muchísimos hacía que no había bajado tanto la temperatura, y los más viejos de aquella época no recordaban nevada semejante.

Los trabajos estaban suspendidos, los pobres pajarillos se encontraban á cientos, por los campos, muertos de frío; y nadie se atrevía á salir de su casa, en donde, alrededor del fuego, se buscaba una temperatura soportable, ya que la exterior era de todo punto irresistible.

Pero maldita de Dios la cosa que le importaba el frío á Arturito. Como él, en los catorce años que tenía de edad, no había visto nevar nunca, le parecía la nieve muy bonita y muy agradable, y, en lugar de recogerse con su familia al lado de la bien repleta chimenea, corría y saltaba como un cervatillo por el patio de su casa, haciendo bolas de nieve, que luego tiraba contra las tapias, complaciéndose en verlas deshacerse en polvo al chocar. Es de advertir que Arturillo era un muchacho muy precoz, de clarísima inteligencia y extraordinaria memoria, razones por las que, sin estudiar casi nada, era el primero en aprender las lecciones sólo de oírse las á los compañeros; pero, consecuencia lógica de su holgazanería (porque Arturo era muy holgazán), con la misma facilidad que aprendía las cosas las olvidaba, falto de aquella natural solidez que da el estudio constante y asiduo y que hace no olvidar nunca lo bien aprendido.

Una de las aficiones más desarrolladas en el muchacho era el dibujo, para el que mostraba felicísimas disposiciones; y aquella mañana de la nevada ocurriósele, puesto que tenía á la mano material abundante, hacer una estatua de nieve, y no bien concibió la idea cuando comenzó á ponerla en práctica inmediatamente.

Algún trabajo le costó, y Fidias y Praxiteles hubieran tenido mucho que exigir y no poco que reprochar al novel escultor; pero, al fin y al cabo y después de no pocos esfuerzos, resultó una cosa que recordaba bastante las estatuas de los reyes que había visto en la plaza de Oriente y en el parque del Retiro, en el paseo llamado *de las estatuas*.

Orgulloso de su obra, hizola admirar á sus padres, que no le escasearon los elogios, pues aunque imperfecta la estatua de Arturo revelaba en su autor un conocimiento del dibujo poco común en niños de su edad.

Figuraos, queridos niños, lo satisfecho que Arturillo se encontraría por haber llevado á cabo tan felizmente su artístico propósito, é imaginaos también su desesperación al ver, á los pocos días, fundirse lentamente su estatua querida á influjos del benéfico sol que, licuando la nieve, fecundizaba los campos á la vez que saturaba la atmósfera de un tibio calor.

Llorando como un desesperado, acudió á su papá é hizole contemplar su
Ayuntamiento de Madrid



Japonesas

obra, ya medio destruída; y ¡cuál no serían su asombro y rabia al observar que éste se reía en lugar de participar del dolor de su hijo!

—¡Eso es!—dijo Arturo.—Se ríe V., papá, y eso está mal hecho.

—Me río, hijo,—replicó éste,—porque lo que tú consideras una desgracia.

Ayuntamiento de Madrid



Más japonesas

es completamente natural; y me alegro de que así te haya pasado, pues confío en que podrá servirte de provechoso escarmiento. Eso que te ha sucedido con la estatua, y que te ha ocurrido otras veces con esos castillos que construyes sobre arena y que siempre se te hunden antes de terminados, te acaecerá

Ayuntamiento de Madrid

siempre que como ahora y entonces emplees, en tus obras, materiales tan deleznales; é igualmente que con tus obras te sucederá con tus estudios si no modificas tu carácter y, en vez de fiarte de tu imaginación y tu memoria, no te dedicas al estudio sólido y concienzudo de las cosas á fin de poder darte razón de ellas, para nunca olvidarte de lo que aprendiste, como ahora, por construir, como lo haces, con arena ó nieve las obras de tus estudios.

Quedóse Arturo pensativo, secáronse sus ojos, y separáronse hijo y padre de la deshecha estatua sin que entre ambos mediara más palabra.

Han trascurrido doce años. El mundo artístico acude en masa á admirar *La estatua de nieve*, grupo en mármol de Carrara, premiado con primera medalla y original de Arturo X, pensionado en Roma y artista que, á juzgar por sus primeros pasos, promete ser pronto uno de los escultores de más fama.

Ya supondréis, sin que yo os lo diga, quién es Arturo X.

Compañero mío y condiscípulo desde la infancia, únenos á entrambos íntima amistad; y un día, admirando en su estudio el boceto de su precioso grupo, alabéle la originalidad de la idea.

—No es original, amigo mío,—me dijo,—es un recuerdo de mi infancia. Y acto seguido refirióme, vivamente emocionado, el episodio de la estatua de nieve, fielmente reproducido en el boceto que á la vista tenía y en el cual veíase, de mano maestra representado, á un niño llorando desesperado ante una informe estatua medio derretida, y al lado del niño un hombre de rostro respetable y bastante edad en ademán de dirigir la palabra al afligido muchacho. Aquella lección de mi padre me sirvió, y ha sido la causa de mi triunfo y de los que en lo sucesivo espero alcanzar,—concluyó Arturo.—Desde aquel día modifiqué por completo mi carácter: me hice serio, reflexivo y trabajador, de alocado y holgazán que antes era, y, ya lo ves, mis obras no se destruyen ni se destruirán ahora con la facilidad de antes, porque ahora no trabajo en nieve y arena como en otro tiempo, sino en mármoles y bronce.

—¿Os ha gustado la historieta de Arturo, niños míos? Creo que sí. Mas no basta que os guste sólo, sino que saquéis de ella ejemplo provechoso, siendo sólidos y reflexivos, al objeto de que nunca os suceda á vosotros con vuestras obras lo que ocurrió á Arturito con la *estatua de nieve*.

VENTURA MAYORGA



Ayuntamiento de Madrid

LA INGRATITUD

(A MI BUEN AMIGO LUIS ÚBEDA Y CARDONA)

EN un pequeño pueblo de una provincia del norte, vivía una familia muy honrada que tenía un hijo de nueve años llamado Antonio, el cual tenía muy buenos sentimientos. Cierta día encontró entre unas malezas un gorrión con una alita rota, le llevó á su casa, le puso en una jaula, le dió bien de comer y le curó el ala, aunque no podía volar. Viendo esto Antonio, le dejaba andar por la casa y se ponía á jugar con él; hasta que un día le dió un picotazo en la cara, por lo cual Antonio no le volvió á hacer caso. Pero el gato, aprovechándose de esto, decidió sepultar al desventurado gorrión en su anchuroso cuanto desahogado estómago.

Otro día iba de paseo Antonio (ya de doce años) con otro amigo suyo llamado Carlos, cuando, tropezando éste en una piedra, cayó al suelo y se rompió una pierna. El pobre Antonio llamó á unos leñadores que estaban cerca para que llevasen á Carlos á su casa, y, durante todo el tiempo que le duró la rotura de la pierna, Antonio no se separó de la cabecera de su cama.

El resultado fué que, habiendo por fin curado Carlos de su caída y yendo juntos otra vez, Antonio tuvo la desgracia de caerse á un río, y lo que hizo Carlos fué ir á casa de Antonio á decir á sus padres que se había caído al agua. Mientras tanto, Antonio, próximo á perecer, recordaba la ingratitud del gorrión y la de Carlos, y decía en tono de sentencia:—*Desconfía de tus semejantes, excepto de aquellos de cuya bondad tuvieres prueba.*

Sólo me resta ya, queridos camaradas, pediros mil perdonos por haber tenido la paciencia de leer mi historieta, indigna de ser dedicada á mi amable y antiguo compañero.

JOSÉ ROMERO Y ARANA

— NUESTROS GRABADOS —

PAJECITOS DEL TIEMPO DE CARLOS I

Son muy recomendables esos trajes como disfraz, pues realmente favorecen mucho, aun á los feílos. Lo que hay es, digámoslo con franqueza, que su coste es algo carillo, y, además, si es verdad que *el exterior* influye en las ideas y sentimientos, no debe ser muy agradable lo que sugiere dicho traje-cico si el disfrazado sabe algo de historia de Inglaterra. Pero dejémonos de filosofías: ello es que es muy bonito disfraz.

Ayuntamiento de Madrid

LA REINA DE LOS GATOS

El epígrafe basta para dar á entender de lo que se trata. Héte ahí á toda una reinecica hecha y derecha, con su correspondiente corte, con sus magníficas *caballerizas*. Muy bonito todo y muy original.

TRAJE DE LA ÉPOCA DE LUIS XIII

No es un traje exacto, sino *por el estilo* de aquel estilo. Favorece mucho también, como los de los pajecitos; lo cual indica que, dígase lo que se quiera, sabían vestir antes mejor que ahora.

JAPONESAS

Ahí van unas cuantas *Madamas Crisantemas* auténticas (de fotografía), que damos á título de curiosidad. Conviene tomarles la filiación, porque algunos *Zaragozanos* políticos han profetizado que los japoneses se nos han de comer con el tiempo ciertas islitas que aun nos quedan por aquellos mares del mar de la China.

CORO DE ÁNGELES

Unos angelitos en toda la extensión de la palabra, y, para colmo de *angelicismo*, llenos de flores. ¡Hermosa visión la de esa nube de inocencia rozando con la miserable tierra!

BARRENDEROS Y CRIADITAS

Dos demócratas indudablemente, pero muy capaces, como se ve, de dar lugar á una bonitísima escena. Nada de *flamenco*: un honrado barrendero; una honrada criada; pobres, ¿qué digo pobres? paupérrimos, andrajosos; y, sin embargo, ¡cuánta lealtad respiran esos rostros! ¡qué corazón tan sano bajo esos harapos!

CUENTOS RUSOS ⁽¹⁾

KOSHCHEI EL INMORTAL

ERASE que se era un rey que tenía tres hijos ya crecidos. Un día Koshchei el Inmortal les arrebató la madre, y entonces el mayor, resuelto á buscarla, pidió la bendición á su padre antes de marchar. Recibióla, salió del palacio, y muy pronto desapareció sin dejar huella de su paso. El segundo hijo, después de esperar inútilmente á su hermano por mucho tiempo, pidió

(1) De la colección de Ralston.



Coro de ángeles
Ayuntamiento de Madrid

la bendición paterna y partió en su busca, sin que tampoco volviese á saberse de él.

Más tarde, el hijo menor, el príncipe Iván, solicitó á su vez la bendición paterna, pidiendo permiso para ir en busca de su madre.

Pero el rey se opuso, diciendo á su hijo:

—Tus hermanos han muerto, y, si te vas también, moriré de pesar.

—No será así, padre mío,—repuso Iván;—y advertid que, con vuestra bendición ó sin ella, estoy resuelto á ir á buscar á mi madre.

El rey no tuvo más remedio que acceder á sus ruegos.

Iván fué entonces á elegir un caballo, pero todos aquellos en que apoyaba la mano se inclinaban bajo su peso; y como no encontrase ninguno que le conviniera, comenzó á vagar triste y cabizbajo por las calles y caminos. De repente se le apareció una anciana y preguntóle:

—¿Por qué estás tan triste, príncipe Iván?

—¡Aparta de ahí, vejestorio,—exclamó el príncipe Iván;—que si te cojo con una mano y te doy un bofetón con la otra, sólo quedará de ti un poco de humedad!

La anciana se alejó presurosa por una callejuela, y, saliendo por otra al encuentro de Iván, le dijo:

—Buenos días, príncipe. ¿Por qué estás tan cabizbajo?

Entonces, Iván, extrañando las preguntas de la anciana, pensó que ésta podría servirle de algo y repuso:

—Estoy triste, buena moza, porque no puedo encontrar un buen caballo.

—¡Qué tonto eres!—replicó la anciana.—En vez de apurarte de ese modo, más te valía haberte dirigido á mí. Sigueme.

La anciana le condujo á una colina, señalóle cierto sitio y díjole:

—Cava un poco la tierra ahí.

Iván la obedeció, y muy pronto vió una especie de plancha de plata con doce candados. Los rompió, y al punto descubrió una puerta, que se abrió como por encanto, dejando ver una galería subterránea, en la cual se introdujo Iván. Allí, sujeto con doce cadenas, hallábase un soberbio corcel, que sin duda hubo de conocer, en los pasos del que se acercaba, un jinete digno de montarlo, pues se puso á relinchar y á sacudir las cadenas, no parando hasta que las hubo roto. Entonces, el príncipe, poniéndose una armadura que allí vió, y sus arneses al caballo, saltó á la silla, dió algún dinero á la anciana y le dijo:

—Perdonadme, madre, y bendecidme.

Un momento después se perdía de vista.

Mucho tiempo corrió su caballo, hasta que llegó á una montaña de inmensa altura, tan empinada que era materialmente imposible escalarla. Poco después llegaron los hermanos de Iván, abrazáronle cariñosamente, y los tres continuaron su marcha juntos, hasta llegar á un sitio donde se elevaba una roca de hierro, en la cual se leía la siguiente inscripción: «Aquel que arroja-

re esta roca contra la montaña, encontrará su camino abierto.» Los dos hermanos mayores no pudieron levantar la roca; pero el príncipe Iván la arrancó al primer esfuerzo y lanzóla contra la montaña, en la que al momento apareció una escalera que ascendía por la falda del monte.

El príncipe Iván se apeó, dejó caer en un vaso algunas gotas de sangre de su dedo meñique, dióselo á sus hermanos, y les dijo:

—Si la sangre que veis en este vaso se vuelve negra, no permanezcáis más aquí, porque esto significará que estoy á punto de perecer.

Así diciendo, despidióse de sus hermanos y comenzó la ascensión.

Al llegar á la cumbre de la montaña vió árboles, frutas y aves de todas clases, anduvo largo tiempo, y al fin llegó á una casa de gigantescas dimensiones, en la cual habitaba la hija de un rey que había sido robada por Koshchei el Inmortal. El príncipe dió la vuelta al palacio sin hallar ninguna puerta; pero como la prisionera comprendiese que por allí andaba alguno, asomóse al balcón, llamó á Iván, y le dijo, señalándole una parte de la pared:

—Ahí verás una grieta: tócala con el dedo meñique y se convertirá en una entrada.

Lo que decía la prisionera era verdad, y el príncipe Iván pudo entrar en la casa, donde la cautiva le recibió cortesmente, dióle de comer y beber, y le dirigió después varias preguntas. Iván dijo que iba á rescatar á su madre, arrebatada por Koshchei el Inmortal.

—Muy difícil es que lo consigas, príncipe Iván,—le dijo la prisionera,—pues Koshchei no es mortal. Aquí viene con frecuencia, y ahí puedes ver su espada, que pesa cincuenta arrobas. Si consigues levantarla podrás acometer la empresa.

No sólo la levantó el príncipe, sino que la arrojó á grande altura en el aire, y, en su consecuencia, prosiguió la marcha.

Poco después llegó á una segunda casa, y, como ya sabía lo que debía hacer para encontrar la puerta, no tardó en introducirse en ella. Allí estaba su madre, que le abrazó, llorando á lágrima viva.

Aquí también Iván probó sus fuerzas levantando una bala que pesaba mil quinientas arrobas.

Era llegada la hora de que volviese Koshchei el Inmortal, y, apenas había tenido tiempo la madre para esconder á su hijo, cuando aquél entró en la casa gritando:

—¡Uf! ¡Uf! Aquí huele á carne rusa: á esta casa ha venido algún ruso, y quiero saber quién es. ¿Será por ventura vuestro hijo?

—¿Qué estáis diciendo?—replicó la madre de Iván.—Como habéis estado en Rusia, os parece que todo huele á este país.

Y, acercándose á Koshchei, la madre de Iván le habló cariñosamente, y, después de pedirle varias noticias, acabó preguntándole cuál era su parte vulnerable y de qué dependía su vida y su muerte.

(Se continuará)



Barrenderos y criaditas

ADMINISTRACIÓN: Ramón Molinas, editor: plaza de Tetuán, 50. Barcelona.— Manuel Pla y Valor; Ancha de San Bernardo, 33, pral., Madrid

RESERVADOS LOS DERECHOS DE PROPIEDAD ARTÍSTICA Y LITERARIA. = NO SE DEVUELVE NINGÚN ORIGINAL

Establecimiento tipográfico de La Ilustración Ibérica: plaza de Tetuán, 50.— BARCELONA

Ayuntamiento de Madrid